

Concepciones de la pobreza en la fase del colapso del capitalismo neoliberal

L U I S A R I Z M E N D I *

A Bolívar Echeverría
In Memoriam

RESUMEN: Demostrando la presencia de la mundialización de la pobreza como una peculiaridad de nuestra era a partir de mostrar los alcances de dos destacados informes de UN-Habitat de la ONU, *The Challenge of Slums* y *Slums of the World: The face of urban poverty in the new millenium?*, que dan cuenta del colapso del “neoliberalismo” e intentan promover el tránsito a una forma “neokeynesiana” de la economía y del Estado, este ensayo desarrolla una clasificación original de las distintas concepciones contemporáneas de la pobreza en acuerdo a las configuraciones históricas que cada una de ellas representa e impulsa. Esta clasificación permite constatar las encrucijadas que la mundialización de la pobreza encara con la vuelta de siglo.

PALABRAS CLAVE: mundialización, pobreza, ciudades miseria, área urbana hiperdegradada, megalópolis, ciudad global crítica de la economía política de la pobreza.

ABSTRACT: Demonstrating the presence of the globalization of poverty as a peculiarity of our age from the analysis of the reach of two prominent reports of UN-UN Habitat, *The Challenge of Slums* and *Slums of the World: The Face of Urban Poverty in the new millennium?*, which show the collapse of “neoliberalism” and try to promote the transition to a “neokeynesian” form of the economy and the state, this paper develops an original classification of the various contemporary conceptions of poverty according to historical configurations that each of them represents and promotes. This classification allows note the crossroads that the globalization of poverty facing with the turn of the century.

KEYWORDS: globalization, poverty, slums, megalopolis, global city, critique of political economy of poverty.

Las áreas urbanas hiperdegradadas y la pobreza urbana no son sólo la manifestación de la explosión poblacional y el cambio demográfico... Las políticas neoliberales han reestablecido un régimen internacional similar al que existía en el siglo XIX... La dirección dominante de las intervenciones tanto a nivel nacional como internacional desde 1975, en realidad, ha incrementado la pobreza urbana y las áreas urbanas hiperdegradadas, ha intensificado la exclusión y la desigualdad... Los pobres urbanos están atrapados en un mundo informal e ‘ilegal’, que con sus áreas urbanas hiperdegradadas no se refleja en los mapas.

UN-Habitat, *The Challenge of Slums*.

I

Mundialización de la pobreza o planeta de ciudades-miseria

“Planeta de ciudades-miseria”, esta es la demoledora expresión con la que un autor de la estatura de Mike Davis da cuenta de la contradicción radical que atraviesa y desgarrar la mundialización en nuestra época.¹ Vivimos en la era del mayor desarrollo tecnológico alcanzado por la historia entera de la civilización, justo cuando la técnica moderna ha llegado ya a una medida incontrovertiblemente planetaria y, sin embargo, lejos de traer por fin el alcance tan prometido del mejoramiento del mundo humano de la vida para todas las naciones, estamos insertos en una etapa muy peculiar: en la era de *mundialización de la pobreza*.

* Director de la revista *Mundo Siglo XXI* del Centro de Investigaciones Económicas, Administrativas y Sociales del IPN. Ha traducido del inglés, italiano y portugués ensayos de I. Wallerstein, N. Chomsky, E. Altvater, M. Chossudovsky, G. Markus, S. Amin, G. Arrighi, entre otros. Ha impartido conferencias magistrales y cientos de conferencias en seminarios nacionales e internacionales y mesas redondas en múltiples universidades, escuelas de educación superior e institutos de investigación. Autor de diversos ensayos. Actualmente coordina *Las ilusiones de la globalización* y prepara el libro *Tendencias de la mundialización en el siglo XXI*.

¹ *Planet of Slums*, Verso, New York, 2006.

Megalópolis –un término originalmente forjado por el geógrafo francés Jean Gottmann, para describir la amplia urbanización consumada en el borde marítimo noreste de EU hacia mediados del siglo pasado,² y que, más que simplemente exigir un tamaño poblacional (superior a los 10 millones de habitantes), da cuenta de un acelerado crecimiento que desemboca en la unificación de ciudades que al cohesionarse integran un sistema funcional jerarquizado, que se caracteriza por articular en torno a uno o varios centros a periferias urbanas, a áreas absorbidas pero suburbanizadas y a otras franjas urbano-rurales que ocupan los intersticios entre ciudades como zonas periurbanas–, constituye una expresión que, pese a su complejidad, es insuficiente para denotar la concreción de la mundialización capitalista en el siglo XXI. Incluso un término como ciudad global,³ que, desbordando el alcance como ciudad-región que caracteriza la definición clásica de megalópolis, proyecta el complejo juego de intercambios económicos, políticos y culturales que interconecta con la dinámica de la mundialización a ciudades de muy diversas medidas, no es en nuestro tiempo suficiente. Ni uno ni otro resultan propiamente adecuados para proyectar la especificidad de nuestra era justo porque *lo que no revelan es el sentido ineludiblemente ambivalente y más bien esquizoide de una configuración epocal de mundialización que combina progreso y devastación*. Pese a haber reestructurado la totalidad de la economía planetaria con base en los impactos de la cuarta revolución tecnológica, la más avanzada hasta ahora en la historia, la mundialización capitalista de la vuelta de siglo ha mutilado y cimbrado radicalmente el proceso de reproducción vital de la sociedad. Condenando a un importante segmento de la población global, ante todo el juvenil, a una situación crónica de *pobreza propiamente moderna*, es decir, de pobreza urbana generada *no por la*

ausencia de la innovación tecnológica, sino, al revés, *justo por la presencia de una ofensiva modernización capitalista de la técnica planetaria*.

Ahora que 2008 ha pasado a la historia como el año en que la población urbana mundial empezó a desbordar definitivamente la medida de la población rural y es predecible que el crecimiento poblacional hasta el 2030 será puramente urbano,⁴ *planet of slums* –planeta de ciudades-miseria– constituye un término *ad hoc* para describir la depredatoria multiplicación caótica de ciudades que cabe denominar postmodernas, precisamente, porque ponen de relieve el modo en que el capitalismo contemporáneo ha cerrado y vencido otras trayectorias potencialmente posibles de modernización que podrían haber conducido hacia un mejoramiento cualitativo efectivo y coherente de la vida social, para imponer esta forma con que la técnica planetaria ha desembocado en una inestable situación límite que entrecruza una riesgosa crisis ambiental mundializada con una ya inocultable mundialización de la pobreza.

Después del alud mediático desplegado con base en el mito de la globalización, desde hace tres décadas, para insistir en que la presunta transición al capitalismo global constituía una fuerza irrefrenable de mundialización de la riqueza, es sumamente relevante la admisión ineludible que ha tenido que realizar la ONU de este inseguro escenario epocal: *The Challenge of Slums, Global Report on Human Settlements 2003* y su documento complementario publicado poco antes *Slums of the World: The face of urban poverty in the new millenium?*, constituyen la primera evaluación panorámica elaborada por un organismo internacional que reconoce la mundialización de la pobreza como peculiaridad de nuestra era.

Rebasando la perspectiva del mito de la globalización –que atribuye a una mala gobernanza y presuntas políticas económicas erradas la reciente expansión de la pobreza internacional–, además rebasando también la visión del neomaltusianismo –continuamente invocado para desviar la mirada adjudicando la crisis ambiental y la pobreza mundializadas a la dinámica procreativa social–, *The Challenge of Slums*, como constata la cita con que abre este ensayo, rompe con el Consenso de Washington. Y le imputa al neoliberalismo una responsabilidad directa en la constitución de una auténtica regresión histórica hacia el degradado ambiente del siglo XIX por la gestación de la mundialización de la pobreza.

“El ascenso del neoliberalismo esta asociado con el crecimiento del comercio internacional, la privatización de los bienes y servicios, la reducción del gasto público de bienestar y la reforma de la regulación. Cada uno de estos ha tenido impactos sustanciales en la pobreza urbana, suscitando en la mayoría de los casos impactos muy negativos”.⁵

² *Megalopolis, The Urbanized Northeastern Seaboard of the United States*, The MIT Press, 1961.

³ Saskia Sassen, *The global city: New York, London, Tokio*, Princenton University Press, 1991; *Cities in a world economy*, Pine Forge Press, California, 2006.

⁴ “En 1970, 37% de la población del mundo vivía en áreas urbanas. Alrededor de 2007, esa proporción alcanzó el 50%. Prácticamente todo el crecimiento poblacional mundial entre 2000-2030 se concentrará en áreas urbanas. El 95% del incremento poblacional esperado durante 2000-2030 será absorbido por las áreas urbanas de las regiones menos desarrolladas, cuya población, que ascendía a cerca de 2 mil millones en el año 2000, llegará a estar apenas por debajo de los 3.5 mil millones en el 2030... Al mismo tiempo que la población urbana estará en expansión, la población rural estará contrayéndose. Se estima que hasta el 2030 la población rural de las regiones menos desarrolladas crecerá únicamente alrededor del 0.1% por año”. UN-Habitat, *Slums of the World: The face of urban poverty in the new millennium?*, New York, 2003, p. 10.

⁵ UN-Habitat, *The Challenge of Slums, Global Report on Human Settlements 2003*, Earthscan Publication Ltd, UK/USA, pp. 2-3.

Es tal el impacto de esta dinámica histórica que los mismos investigadores del Observatorio Urbano de las Naciones Unidas sostienen que de persistir, hacia el año 2020, “la pobreza urbana del mundo podría alcanzar al 45% o 50% del total de la población residente en las ciudades”.⁶

Slum, término que empezó asociándose a “comercio ilícito” y que proviene del lenguaje del hampa inglesa de la primera mitad del siglo XIX, con el desarrollo de las ciudades capitalistas, pasó a designar no simplemente una actividad sino la zona en la que históricamente se concreta: un espacio urbano –opuesto a la solidaridad que caracterizó las relaciones humanas en el área rural– en que se instala la degradación tanto material como social del sistema de convivencia. Donde la privación del acceso a las condiciones que constituyen la dimensión histórico-moral o histórico-cultural de reproducción social de un país, niega substancialmente el derecho a una vida digna constituyendo una situación extrema. De ahí la certeza de su definición realizada por Mike Davis como *área urbana hiperdegradada*.

Reconociendo los alcances del *traslado epocal de la pobreza de su forma rural hacia su forma urbana*, *The Challenge of Slums* plantea que *en estas áreas hiperdegradadas ya habita un tercio de la población urbana mundial*.⁷ A principios de este nuevo siglo y milenio, el número total de habitantes en slums en el mundo alcanzó los 924 millones de personas. Lo que significa alrededor del 32% de la población urbana total. Si se avanza concentrando la mirada en las regiones en vías de desarrollo la proporción se acrecienta hasta corresponder al 43%, si se va más lejos y se concentra la mirada en los países menos desarrollados se descubre que los habitantes de slums equivalen al 78.2% de la población urbana.⁸ Esto significa que actualmente *cuatro quintas partes de la población urbana de los países más pobres vive en áreas urbanas hiperdegradadas*. Y la tendencia para las próximas décadas es auténticamente atroz: *The Challenge of Slums* calcula que, *para 2030 o 2040, los habitantes de slums en el orbe aproximadamente serán dos mil millones*.⁹

Escenarios como el de Lagos –la ciudad conocida como la más peligrosa del continente africano, donde muy posiblemente se extiende el corredor más espacioso e ininterrumpido de miseria sobre el orbe–,¹⁰ como el de Phnom Penh o El Cairo –donde los migrantes que arriban alquilan lugar en las azoteas para construir auténticas ciudades-miseria en el aire–, escenarios como el de Ponticelli o Scampia en Nápoles –donde la pobreza es fundamento de la transición a un capitalismo criminal en el que la delincuencia organizada se opone al desarrollo socioeconómico obstaculizándolo porque ve en él una amenaza a su poder sobre la población– o como el de Rocinha –la más grande

favela de Brasil–, le dan cuerpo y concreción histórica a una mundialización capitalista efectivamente cínica que ya ha integrado alrededor de 250 mil o más áreas urbanas hiperdegradadas.

Las áreas urbanas hiperdegradadas no están sólo en el Sur, existen a lo largo y ancho del orbe. Aunque, por supuesto, se multiplican mayormente por el Sur, su creciente presencia en el Norte revela el impacto del camino por el que el capitalismo de la vuelta de siglo condujo la mundialización de la técnica moderna. Términos como *umjondolo* en África o *bidonvilles* en Francia, *tanake* en Líbano o *trushchobi* en Rusia, *chawls* en India o *ghetto* en EU, *baladi* en Egipto o *cortiço* en Brasil, entre otros, dotan de nombre a la mundialización de la pobreza.

Son de tal envergadura los efectos de la planetarización de ciudades-miseria, que no puede esconderse que los objetivos del milenio son definitivamente inalcanzables en un futuro próximo. La misma ONU ha tenido explícitamente que girar su evaluación prospectiva. Al año siguiente de la publicación de *The Challenge of Slums*, el *Human Development Report 2004*, explícitamente diagnosticó que los países subsaharianos no tendrán condiciones

⁶ *Slums of the World*, cit., p. 12.

⁷ *The Challenge of Slums*, p. XXIX.

⁸ *Op. cit.*, p. VI.

⁹ *Op. cit.*, p. XXV. Su perspectiva desborda la mirada de un economista como Martin Ravallion, Director del Grupo de Estudios sobre Desarrollo del Banco Mundial, cuya visión, interesada en justificar la configuración neoliberal de la mundialización capitalista, adjudica la pobreza internacional contemporánea a un presunto atraso rural. De suerte que, calcula que hasta el año 2035 la pobreza podría trasladarse a las ciudades. *On the urbanization of poverty*, World Bank Policy Research Working Paper No. 2586, July, 2001. Igualmente podría verse de Ravallion “Pobreza en la urbe”, *Finanzas y Desarrollo*, Revista del FMI, septiembre, 2007.

¹⁰ “Muchas cosas de la ciudad son un misterio... Anchas arterias sin alumbrado atraviesan desfiladeros de basura humeantes antes de dar paso a calles sucias que serpentean a través de unas 200 zonas hiperdegradadas, cuyos desagües desbordan con desechos sin procesar. Esos habitantes (...) vivían al otro lado del lago, pero en 1985 el gobierno decidió demoler sus casas para construir complejos de viviendas que ellos no podrían alquilar. Muchos lo perdieron todo. La única solución era reconstruir en otro sitio, con sus propios medios... Nadie sabe con exactitud cuál es la población de Lagos: oficialmente 6 millones, pero la mayoría de los expertos la estiman en 10 millones. Igualmente vago es el número de asesinatos cometidos al año, por no hablar de los afectados por el virus del sida o de la cantidad de drogas que transitan... La economía subterránea permite subsistir a más de la mitad de los habitantes de la ciudad y reduce los riesgos de rebelión popular... Al espíritu de iniciativa se suma la energía de la desesperación: al anochecer se “piden prestadas” las carretillas de las construcciones y se alquilan a veinte cents por noche a los sin techo que buscan una cama... Los ricos se atrincheran en dos islas fortalezas, a considerable distancia de una metrópoli donde, según las estimaciones, dos tercios de la población vive bajo el umbral de pobreza”. Amy Otchet, “Lagos: Código de supervivencia”, Sumario de *El Correo UNESCO*, 1999.

para alcanzarlos hasta bien entrado el siglo XXII.¹¹ A lo que habría que agregar que esta nueva evaluación no ha considerado los efectos devastadores de la nueva crisis mundial en gestación.

UN-Habitat tiene entera razón cuando señala que el principal problema reside en que muy pocos países, ciudades o agencias han reconocido esta situación crítica. No es de ningún modo casual que pocos años antes de estallar el agotamiento o el colapso de la configuración neoliberal de la acumulación capitalista, la ONU se detenga a evaluar la mundialización de la pobreza, asuma su reconocimiento y a la hora de explorar su tendencia global, buscando contrarrestar los riesgos de la creciente inestabilidad tanto económico como política que ésta abre, apunte a refrenar sus avances presionando por una reconfiguración neokeynesiana del capitalismo del siglo XXI.

Sin embargo, es decisivo insistir en que en que el fundamento de la mundialización de la pobreza no es puramente formal, esto es, el factor causal de esta auténtica regresión a un escenario decimonónico no es unilateralmente político. No se encuentra unívocamente determinado por la orientación neoliberal de la política económica que se instauró a nivel mundial en las últimas décadas.

Sin dejar de ser efectivo el agresivo impacto inserto en la mundialización capitalista por la configuración del Estado demagógicamente llamada “neoliberal” –demagógicamente puesto que en esencia esta configuración histórica ha sido más bien anti-liberal–, al lanzar una mirada panorámica al proceso histórico que desembocó en la mundialización de la pobreza, debemos señalar que su fundamento fue mucho más complejo. Triple es el fundamento epocal de la mundialización de la pobreza: lo constituye 1) la derrota asestada hacia fines del siglo anterior al doble monopolio defensivo detentado por los países del ex Tercer y ex Segundo Mundos; y, con base en esa derrota, lo conforma, además, 2) el sentido histórico que, el capitalismo global le imprimió a la cuarta revolución tecnológica y 3) la reconfiguración “neoliberal” del Estado.¹²

Desde hace siglo y medio, ante la hegemonía tecnológica monopolizada por los capitalismos de los Estados metropolitanos –que una y otra vez han utilizado su supremacía para obligar a los países que cuentan con sistemas tecnológicos de retaguardia o atrasados a rendirles tributo–, como respuesta los capitalismos de la periferia

levantaron un doble monopolio de sus plataformas y procesos productivos. Por una parte, al delimitar su alcance territorial, los capitalismos periféricos también demarcaron la fuerza de trabajo social o masa poblacional colocada bajo su dominio; por otra, esa misma delimitación estableció un monopolio sobre los recursos naturales y los yacimientos estratégicos ahí contenidos. De este modo, encararon históricamente el monopolio detentado por el capitalismo metropolitano sobre la modernización tecnológica de vanguardia conformando un doble monopolio defensivo sobre las reservas naturales estratégicas y la clase trabajadora de su Estado nacional. Pero la incisiva dinámica del tributo a la vanguardia de la técnica moderna en la economía mundial, fue erosionando perniciosamente ese doble monopolio defensivo cimbrándolo hasta derrumbarlo. Los capitalismos periféricos primero transfirieron riqueza a los capitalismos metropolitanos a través del comercio desigual –es decir, a través de los ciclos internacionales del capital mercantil–, después, a partir de que la gran crisis estalló en la década de los setenta del siglo pasado, además tuvieron que pasar a rendir tributo a través de la deuda externa –es decir, a través del ciclo del capital dinero internacional subordinado por el capital financiero de la metrópoli–, para al final, históricamente vencidos, tener que rendir tributo ya no sólo socializando valor y plusvalor con los capitales de las metrópolis, sino francamente cediendo el control de su plataforma económica –es decir, la base estratégica de su capital productivo nacional–. El surgimiento de la configuración “neoliberal” sucedió como producto de esta derrota histórica, en la que el choque entre el capital industrial de las metrópolis con el capital industrial de las periferias culminó en el fracaso de la resistencia de éste ante aquel. El tributo a la supremacía de la técnica moderna venció el doble monopolio defensivo de los Estados periféricos, haciéndolos retroceder y tener que abrir sus naciones al dominio interno del capital metropolitano sobre sus plataformas naturales y productivas. La vuelta de siglo ha sido la época de esta victoria de la vanguardia de la técnica moderna sobre su retaguardia en la economía mundial.

El nacionalismo que, bajo distintas figuras históricas pero tanto en el ex Tercer como en el ex Segundo Mundo, constituyó una forma histórica que respondió a la tarea de mundializar la técnica moderna, terminó siendo vencido. Una vez que esta mundialización se alcanzó, el nacionalismo se volvió un obstáculo para el apuntalamiento del capitalismo planetario y, por eso, fue barrido del escenario.

La cuarta revolución tecnológica, que tuvo como su punta de lanza la informatización del proceso de trabajo global, se desplegó precedida y acompañada por profundos procesos de apertura comercial –ante todo de las perife-

¹¹ UNPD, *Human Development Report 2004*, New York, 2004, “Timeline: when will the Millennium Development Goals be achieved if progress does not accelerate?”, pp. 132-133.

¹² Luis Arizmendi y Julio Boltvinik, “Autodeterminación como condición de desarrollo en la era de mundialización de la pobreza,” *Mundo Siglo XXI* no. 9, CIECAS, IPN, Verano 2007, pp. 35-43.

rias— que, provocando la quiebra de múltiples capitales con base en una competencia asimétrica, hicieron de la desindustrialización estratégica, esto es de la destrucción de las anteriores redes tecnológicas cohesionadas horizontalmente al interior de múltiples naciones, la premisa de una ulterior reindustrialización estratégica, cohesionada verticalmente con los corredores transnacionales de los capitalismos de la metrópoli.

Así, la cuarta revolución tecnológica, que podría haber adquirido una configuración histórica diferente si la correlación de fuerzas en la economía mundial hubiera sido otra, recibió un sentido con el que, al conjugarla con la derrota del doble monopolio defensivo de las periferias de la economía mundial, el capitalismo global instauró un nuevo período en la historia de la sobre-explotación laboral.

Si se lanza una mirada panorámica a la historia de la relación entre mundialización capitalista y sobre-explotación laboral, puede decirse que cabe conceptualizarla desdoblándola en tres períodos.

El primero lo constituye el *período de la sobre-explotación laboral concentrada en la metrópoli*. Una fase que abarca aproximadamente de 1740 a 1880, cuando la génesis de la técnica moderna con la gran industria en Occidente le permite al capitalismo fundar el enfrentamiento sistemático del destacamento de reserva contra el destacamento en activo de la clase trabajadora, presionando con aquel a éste para instalar, paralelamente al desarrollo de la explotación multimodal del plusvalor, una agresiva violación de la ley del valor en la relación capital-trabajo. Amplios porcentajes del fondo social de consumo son despojados y objeto de una violenta recanalización hacia el fondo capitalista de acumulación, como expresión de una relación de poder con la que se logra que el salario no cubra la dimensión histórico-cultural del proceso de reproducción social. Lo peculiar, lo propio, de este proceso reside, justo y ante todo, en que es *el dominio o la subsunción real capitalista del desarrollo tecnológico la plataforma que permite impactar en la rapport de forces para cercenar y degradar el nivel de vida social*. La modernidad es conducida por trayectorias ambivalentes o esquizoides en las que, al mismo tiempo en que se realizan progresos efectivos en la técnica, en lugar de mejorar cualitativamente de forma generalizada la vida social, se impone una inocultable degradación del proceso de reproducción de la sociedad. Sobre la *explotación* de plusvalor moderno, se instala así un dispositivo distinto que nutre la ganancia extraordinaria: la *expropiación de valor al salario proletario*. En eso consiste la singularidad de la sobre-explotación.¹³

El segundo período, que marcha aproximadamente de 1880 hasta 1970/1980, corresponde a una etapa en la que

mientras la mundialización capitalista contrarresta en las metrópolis de Europa y EU la sobre-explotación previamente ejercida sobre esos destacamentos nacionales de la fuerza de trabajo, embarcándose en elevar notoriamente sus niveles de vida no por filantropía sino por la necesidad de dinamizar la acumulación, los capitalismos periféricos cada vez más compensan el tributo que tienen que rendirle a los capitalismos metropolitanos por su supremacía tecnológica pasando a sustraer fondos de valor al salario de sus trabajadores nacionales. En esta etapa la estructura global del poder de la técnica planetaria en el capitalismo hace que su retaguardia tenga que asumir e imponer, una y otra vez, la violación de la ley del valor en la relación capital-trabajo dentro de sus Estados. Por eso constituye *el período de la sobre-explotación laboral concentrada en la periferia*.¹⁴

El tercer período, en el que nos encontramos volcados desde los ochenta del siglo anterior, ha puesto radicalmente en evidencia el carácter esquizoide de la modernidad en el capitalismo, ya que, precisamente cuando la técnica moderna se ha vuelto por fin técnica planetaria, cuando la gran industria ya es mundial y el desarrollo tecnológico se encuentra en el máximo nivel de su historia, es justo aquí cuando se produce el mayor ejército internacional de reserva y la mundialización de la pobreza. Lo peculiar de esta etapa consiste en que, sin que deje de implementar la sobre-explotación el capital de retaguardia, *el capital de vanguardia pasa a asumir la función de comando de la expansión y agudización de la sobre-explotación laboral*

¹³ Esta primera fase en la historia de la sobre-explotación laboral es, precisamente, la que explora Marx en el Libro Primero de la *Crítica de la economía política*. Cuando demuestra cómo la ley general de la acumulación capitalista choca con la ley del valor en la relación capital-trabajo en el marco de la 1ª revolución tecnológica, ya que, la modernización capitalista es usada como punta de lanza para embestir las condiciones histórico-culturales de reproducción de la clase trabajadora. De modo que, cercenado el salario de la fuerza de trabajo masculina deja de cubrir la reproducción de la unidad mínima familiar y, por tanto, las fuerzas de trabajo femenina e infantil son obligadas a proletarizarse activamente vendiéndose como una mercancía a la que tampoco le respeta su valor el capitalismo europeo. *El Capital*, Siglo XXI, México, 1975, T. I., vol 2, cap. XIII, apartado 3, pp. 480-510; y vol. 3, cap. XXIII, 782-808.

¹⁴ Este fue el período que, a juego de la relación entre EU y América Latina, descifró en esencia Ruy Mauro Marini en su clásico *Dialéctica de la dependencia* (Era, México, 1979). La duplicación de la ley del valor que analiza—primero en la relación entre un centro y países dependientes y luego en la relación capital-trabajo al interior de los países dependientes— es adecuada para dar cuenta de esta epata de la mundialización. En *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social* (Ed. Nariz del Diablo/UNAM, Ecuador, 1994), Bolívar Echeverría exploró desarrollar originalmente el planteamiento de Marini en torno a la sobre-explotación mediante una forma general aplicable a la acumulación capitalista mundial; por mi parte, en este trabajo exploro insertar la visión de Marini en el marco de una periodización de la historia mundial de la sobre-explotación laboral.

sobre el planeta. Con base en la informatización del proceso de trabajo tanto productivo como improductivo que ha estructurado la economía global, el capital de punta acompaña la explotación incluso de plusvalía extraordinaria con la agresiva y creciente sustracción de valor al fondo salarial de reproducción de los trabajadores del mundo. La deslocalización dotó al capital de su más ágil movilidad histórica y esta ha sido actualizada para embestir los salarios internacionales reduciéndolos aún más en la periferia y presionando por su baja hasta en las metrópolis de la economía mundial. Así es como la cuarta revolución tecnológica, en lugar del fin o la muerte del Tercer Mundo –presuntamente alcanzable porque países como Corea se incorporarían al Primer Mundo convirtiéndose en un ejemplo a seguir—¹⁵ y poco después de la caída del Segundo Mundo, lo que ha traído consigo ha sido, más bien, el nacimiento del *Cuarto Mundo*. La conformación de auténticos agujeros de miseria que se han multiplicado imprimiendo una forma decadente al sistema de convivencia social no sólo en Burkina Faso sino en el Bronx, no sólo en Rocinha sino en Sachsen-Anhalt, no solo en Bangalore sino en San Petersburgo. Este constituye el *período de mundialización de la sobre-explotación laboral*.

Revirtiendo las promesas de una modernización capitalista que con su mundialización pretendidamente traería una elevación generalizable del standard de vida, la cuarta revolución tecnológica ha generado el ejército internacional de reserva más grande de la historia económica moderna. Una enorme masa social que, golpeada por el sentido que el capitalismo cínico le imprimió a la cuarta revolución tecnológica, se encuentra atrapada entre su constante atracción y repulsión del mercado laboral o que, incluso, especialmente afectando la nueva fuerza de trabajo juvenil, es colocada en una franca situación de desempleo crónico o estructural. Manifestación directa de este proceso ha sido que la tasa de creación de empleos en el sector formal ha estado muy por debajo de la tasa de crecimiento de la fuerza de trabajo en las urbes. Esto ha dejado como su principal resultado, promoción explosiva del trabajo

informal y agudización de la pobreza internacional. Los slums son la concreción histórica de esta forma epocal. El lugar, que para muchos se convierte en un punto de no retorno, donde es colocada, como un excedente permanente de población o pluspoblación estructural, un segmento nada menor de la fuerza laboral que es condenado como un peso urbano que no podrá ser absorbido ni por la economía ni por la sociedad en el presente o en el porvenir. En efecto, los slums proyectan una época porque incluso con crecimiento económico el capitalismo de la vuelta de siglo produjo el mayor ejército internacional de reserva de su historia. La tendencia avanza hacia su agudización ahora que ha estallado la nueva gran crisis de la mundialización capitalista. La misma CIA en uno de sus balances estratégicos, explorando las fuentes de inestabilidad en este inicio de siglo, formuló que ya, “desde fines de la década de los noventa, sorprendentemente existían mil millones de trabajadores subempleados o que carecen por completo de empleo, lo que representa *un tercio de la fuerza de trabajo mundial*, la mayor parte en el hemisferio sur”.¹⁶

Ahora bien, cuando se alude a la reconfiguración neoliberal del Estado es central apuntar que junto a la disminución del salario directo real, justificada demagógicamente bajo el camuflaje de lucha contra la inflación, se impuso el estrechamiento o incluso el franco cierre de múltiples canales de lo que cabe denominar salario indirecto. El financiamiento público de la vivienda, la educación y la salud, en general de los servicios sociales proporcionados por el Estado, cuya función ha sido contribuir de modo esencial para la reproducción de la fuerza de trabajo nacional e incluso impulsar su reposicionamiento en la escala social de los niveles de vida, ha sido drásticamente cercenado y hasta desmantelado. Pero es claro que la reconfiguración neoliberal del Estado ha acarreado otros impactos también decisivos.

La forma que el capitalismo de la vuelta de siglo le ha impreso a la tendencia a la desruralización, en curso desde hace prácticamente un siglo, ha contribuido a profundizar la mundialización de la pobreza. Como expresión de la derrota de sus monopolios defensivos, múltiples Estados del ex Tercer y ex Segundo Mundos han abierto sus mercados nacionales a una creciente importación de alimentos que ha podido avanzar gracias al grave desfinanciamiento estratégico que se le ha impuesto a sus campos, lo que ha desembocado en su subordinación a los centros hegemónicos del mercado mundial alimentario.

En el contexto de la configuración “neoliberal” del capitalismo, el proceso de reproducción alimentaria de la sociedad mundial experimentó una transición que introdujo un giro esencial en el panorama que existía hasta antes de la segunda guerra mundial. A fines de los treinta,

¹⁵ Pese a su sentido sugerente que apunta a que, una vez acontecido el derrumbe de la Unión Soviética, el desdoblamiento del mundo en tres mundos ya no responde a la configuración de nuestra era, sin embargo, la noción del “fin del Tercer Mundo” (Nigel Harris, *The End of the Third World*, Harmondsworth, Middx, UK, Penguin, 1987) contiene la ilusión de que podrían desactivarse las relaciones de poder centro-periferia de la economía mundial. Demostrando que, lejos de ser así, más bien, está en curso su apuntalamiento histórico, Giovanni Arrighi y Beverly Silver prefieren hablar de la “extraña muerte del Tercer Mundo”. Véase mi traducción de su ensayo “Trabajadores del Norte y el Sur”, *eseconomía* no. 5, ESE/IPN, México, 2005.

¹⁶ Central Intelligence Agency, *The World Factbook*, Washington DC, 2002, p. 80.

Europa Occidental era la única región importadora de cereales. Las exportaciones de cereales de Latinoamérica superaban prácticamente al doble las de Norteamérica y Europa Oriental (incluyendo a la URSS). EU no era el único exportador, ni siquiera el más importante. Pero con la mundialización neoliberal, desde los setenta del siglo pasado y cada vez más en las décadas ulteriores, el mercado mundial alimentario cambió drásticamente su configuración. El reordenamiento de la economía mundial con el libre comercio produjo un reposicionamiento global. El grueso de naciones que anteriormente ejercían soberanía alimentaria, derrotadas en el marco de esa competencia asimétrica, sencillamente la perdieron. Latinoamérica, Europa Oriental, Asia y África pasaron a ser crecientes importadores de cereales. Y EU se levantó como el centro hegemónico del mercado mundial cerealero. Apuntalando su hegemonía al hacer de su poder económico en el mercado mundial alimentario una de sus fuerzas estratégicas. Actualmente, 70% de los países subdesarrollados son importadores netos de alimentos.

Ahora, esa configuración ha llegado a límite. La crisis de la capacidad para autoalimentarse de múltiples naciones ha generado una compleja situación en la que, aunque la oferta mundial si cubre la demanda mundial contemporánea, a la par, nos encontramos con una de las reservas internacionales más bajas de los cereales que integran la plataforma de la pirámide alimenticia (maíz, trigo y arroz). Este declive histórico constituye una incuestionable constatación de que el actual es un período en el que, pese a que la modernización tecnológica tiene la medida internacional suficiente para superar el hambre, contraviniendo el potencial productivo de esta era, *se reinstala el hambre de forma absolutamente artificial. El hambre mundial de nuestra época de ningún modo es debida a un atraso económico en el desarrollo de las fuerzas productivas, inocultablemente, ante todo, es resultado de la incapacidad autoalimentaria impuesta por la configuración neoliberal del capitalismo sobre el grueso de naciones.* Sobre ésta incapacidad, la monopolización especulativa de las commodities, que ha disparado los precios internacionales de los cereales, ha puesto al descubierto la radicalidad del dominio transnacional de la reproducción alimentaria de la sociedad mundial.¹⁷

Las consecuencias son devastadoras para aquellos grupos y naciones pobres que dedican un elevado porcentaje de sus ingresos a la adquisición de alimentos. En EU, los pobres gastan 16% de su ingreso en alimentos, pero en Indonesia usan el 50%, en Vietnam gastan un 65% y en Nigeria incluso el 73%. En síntesis, la mitad de la población mundial, la que vive con 2 dls al día (3 mil millones de pobres extremos), está colocada en una crisis alimentaria radical. Por eso, el mismo presidente del Banco Mundial,

Robert Zoellick, declaró: “Para países donde los alimentos representan la mitad o tres cuartas partes del consumo, no hay margen para la supervivencia”.

Esta crisis puede durar hasta 2015 justo porque lo que está contradictoria pero invariablemente en curso es una nueva transición hacia otra configuración de la reproducción alimentaria de la sociedad mundial. Una transición que redefine las posiciones en el mercado mundial alimentario. Diversos Estados han empezado a implementar políticas de control de su mercado con la perspectiva de garantizar su seguridad alimentaria. China, Rusia, Argentina, India, Ucrania, Kazajistán, Vietnam, Egipto y Camboya están reduciendo o cancelando sus exportaciones de granos. Los desenlaces, alcances y ritmos de esta nueva transición están por definirse, pero lo innegable es que la crisis alimentaria global contemporánea ha revelado límites inocultables del neoliberalismo como forma de la mundialización.

Es frente a la especificidad de nuestra era marcada por la mundialización de la pobreza o la integración de un planeta de ciudades-miseria, que la polémica sobre la pobreza internacional necesita explorar la especificidad de cada posición para poder plantearse ir más lejos comprometiéndose con su efectiva superación histórica.

II

Concepciones de la pobreza ante el colapso del capitalismo neoliberal

Recientemente se ha desarrollado explícitamente el programa de lo que certeramente cabe llamar *la crítica de la economía política de la pobreza*. En los avances—hasta ahora inéditos—de lo que será su máxima obra, *Ampliar la mirada*, Julio Boltvinik ha elaborado una exhaustiva tipificación

¹⁷ Sin dejar de ser multicausal el origen del reciente ascenso de los precios internacionales de los cereales—que resulta de una combinación de factores tan diversos como el oleaje de sequías generado por el calentamiento global, el boom de los agrocombustibles, la creciente demanda de alimentos de China e India, el aumento de los precios del petróleo o la especulación mediante commodities—, no cabe duda de que su detonante central lo constituye la incapacidad autoalimentaria impuesta a múltiples naciones por la reconfiguración neoliberal. De ejercerse soberanía alimentaria, los Estados impactados por el ascenso de los precios internacionales de los cereales, sencillamente podrían contrarrestarlo estableciendo otros precios nacionales para sus propios alimentos. En este sentido, la crisis alimentaria mundial conforma una de las expresiones más redondas del colapso o el agotamiento de la configuración neoliberal de la mundialización capitalista. Véase mi intervención en el marco de un debate organizado con base en entrevistas, además de a un servidor, al Senador Antonio Mejía Haro (Director de la Comisión de Evaluación del TLCAN) y los investigadores José Luis Calva e Ignacio Trigueros en el trabajo de Ricardo Lemus, “Crisis alimentaria global”, *Conversus* no. 73, IPN, México, 2008, pp. 36-44.

de las concepciones contemporáneas de la pobreza que se construye desde una perspectiva fundamentada en la *trascendencia humana*. Se trata de un mirador que, a contrapelo del cinismo histórico de nuestra época, *redimensiona la conceptualización de la pobreza cuestionándola pero desde el horizonte del desarrollo de la riqueza humana*, es decir, que coloca como objetivo de su perspectiva no la superación unidimensionalizada de la pobreza extrema alimentaria, ni siquiera de la pobreza de múltiples necesidades básicas o de la—más amplia aún—pobreza económica, sino que se plantea la *superación de toda pobreza histórica social e individual*.

Avanzando a contracorriente de la mirada hegemónica del discurso del poder para concebir la pobreza, Boltvinik demuestra que la pobreza es irreductible a la dimensión del *estar*; que de ninguna manera se remite a un estado compuesto sólo por *pobreza de objeto*, por tanto, que la pobreza en la dimensión del estar siempre tiene su otro lado esencial y

complementario en la dimensión del *ser*. Lo que significa que una concepción radical de la pobreza, una concepción que vaya a su raíz, tiene que cuestionar la *pobreza subjetiva*: la limitación represiva en la humanidad del sujeto tanto de sus necesidades como de sus capacidades, que asfixia y marchita potencialidades históricamente viables pero vencidas y cerradas. Esto permite reconocer que *la gran limitación del debate mundial contemporáneo en torno a la pobreza reside en que, en mayor o menor medida pero invariablemente, siempre se la unidimensionaliza reduciéndola, como si la humanidad del sujeto fuera irrelevante y no importara, al plano del estar*.

Dotando de un nombre propiamente conceptual a su caracterización de las diversas posiciones que integran el debate mundial contemporáneo sobre la pobreza, Julio Boltvinik tituló a ese trabajo “Elementos para la Crítica de la Economía Política de la Pobreza”.¹⁸

Vista de fondo esa proposición resulta conceptualmente correcta debido a que, del mismo modo que la economía política, la economía política de la pobreza asume como su fundamento la contradicción radical que existe entre el contrasentido destructivo de la acumulación del capital y el sentido vital del proceso de reproducción social, sin intentar ir más allá o superarla, pretendiendo sólo moldear sus efectos depredatorios y guiarlos a partir de cambiarle su forma.

Para Boltvinik, tres son las posiciones o enfoques principales contenidos en el panorama del debate mundial sobre la pobreza.

Si las ordenamos lógicamente según los alcances de su reflexión conceptual, tendríamos que decir que la primera es justo la que corresponde al *enfoque economicista dominante*. Fuertemente influido por la visión de la *mainstream economics*, este enfoque se caracteriza precisamente por colocar como su núcleo una conveniente sustitución del concepto de *necesidad* por una *noción subjetivista de utilidad*. A partir de introducir una noción que reduce y desvirtúa los requerimientos sociales a una contingencia que deriva del deseo del consumidor individual, la *mainstream economics* desliza una concepción subjetivista del consumo que vuelve inasible el reconocimiento de aquello que va a ser embestido por la modernidad capitalista, el sistema social de necesidades. Su impacto cercenador y regresivo no podrá ser explorado justo porque los requerimientos son desfigurados de forma subjetivista.¹⁹ Esta visión conforma la plataforma del enfoque economicista dominante—en el que Boltvinik ubica a Citro y Michael, Hagenaaars y uno de los más notorios representantes de la mirada del Banco Mundial, Martin Ravallion—, donde adquiere una forma de expresión caracterizada por el reemplazo de las necesidades por un nivel monetario de ingresos. En este enfoque no se trata sólo de que las fuentes de bienestar quedan unidimensionalmente reducidas a ingreso monetario, sino

¹⁸ “Elementos para la Crítica de la Economía Política de la Pobreza”, *Desacatos* no. 23, CIESAS/Occidente, México, 2007, pp. 53-86.

¹⁹ Desde su surgimiento con el marginalismo—equivocadamente definido por muchos como “economía neoclásica” cuando, lejos de ser una renovación que reactualice el clasicismo, ante todo, constituye su negación radical justo por despreciar la teoría del valor-trabajo para sustituirla por la teoría del valor-consumo—, se ha instituido el olvido de lo socialmente necesario. Su concepción *subjetivista*—es decir, basada en una perspectiva del sujeto que lo reduce a un conjunto de apetencias (*wants*) o, lo que es lo mismo, de deseos psicologicistamente determinados—genera una *cómoda perspectiva inobjetiva no sólo de la concreción del sujeto y sus necesidades, sino también del objeto y del mundo natural*. Esto significa que, para eludir el reconocimiento de la depredación y la alteración del mundo de la vida que genera la modernización capitalista de la técnica y del sistema de productos, la economía convencional requiere de una *definición psicologicista de las necesidades que le permita imponer el olvido de la materialidad del valor de uso y el olvido de la naturaleza*. No es de ninguna manera menor que al interior mismo de la London School of Economics se desplegaran polarizados debates de biólogos de la altura de Lancelot Hogben con la economía convencional. Oponiéndose desde las ciencias naturales al psicologismo subjetivista de la economía convencional propulsada por Hayek, al señalar que los alimentos no debían ser definidos por sus cualidades físicas sino exclusivamente “en términos de las opiniones que los agentes económicos tuvieran acerca de ellos”, Hogben insistió en que “los economistas neoclásicos eran sencillamente ridículos (...) porque pensaban tener una teoría del consumo sin estudiar los orígenes de las necesidades humanas”. Su certero reproche revelaba que los economistas “neoclásicos” “no se ocupaban de estudiar de manera real la relación entre necesidades humanas y recursos naturales”. Naturalmente, a un biólogo no podía menos que resultarle inmediatamente irracional una teoría de las necesidades humanas que se niega a tomar en cuenta la especificidad material del cuerpo humano y de la relación metabólica sociedad/naturaleza. Aunque desliza un profundo límite derivado de su concepción biologicista de las necesidades, es decir, que no percibe el desarrollo histórico de la civilización que las produce, sustenta y enriquece, una crítica como la de Hogben es indudablemente valiosa justo porque, desde un ángulo muy diferente al del discurso crítico histórico-materialista, sabe sacar a flote la perspectiva inmaterial de las necesidades que opera como plataforma de todo el sistema teórico de la economía convencional. Puede verse la síntesis de esta polémica en Joan Martínez Alier y Klaus Schlüpmann, *La economía y la ecología*, FCE, México, 1991, pp. 182, 185-186.

que el nivel de ingreso monetario no se traza a partir de la exploración del sistema concreto de necesidades sociales. La definición de pobreza consecuentemente se torna tautológica: la pobreza es no alcanzar una medida de ingreso para tener un “nivel de vida mínimamente adecuado” y no alcanzar ese “nivel de vida mínimamente adecuado” es no rebasar aquel nivel de ingreso. De este modo, conveniente y elusivamente, las necesidades concretas en juego nunca son especificadas.²⁰

El segundo es el *enfoque convencional*, aquel en el cual las necesidades efectivamente son incorporadas pero de modo tal que se ejerce sobre ellas una doble unidimensionalización. Primero, porque únicamente quedan reconocidos requerimientos que corresponden a una esfera del sistema social de necesidades: las necesidades son reducidas puramente al *nivel de vida*, que es precisamente el que corresponde sólo al proceso de reproducción económica del sujeto social. Sin importar su florecimiento humano, esto es, el progreso histórico multidimensional y potencialmente ilimitado de las capacidades y necesidades concretas más allá de su función exclusivamente económica. Luego, además, en este enfoque las necesidades vuelven a ser recortadas dentro del campo que conforma el mismo nivel de vida, de suerte que, sólo aparecen ciertas necesidades de objeto, además en sí mismas disminuidas. Resultado de este doble cercenamiento es que se mutila el sistema de necesidades considerando exclusivamente algunos fragmentos. Nunca se asumen todas las necesidades aunque fuera sólo del plano económico, por supuesto menos aún las que se ubican desbordándolo. Este enfoque —en el que Boltvinik ubica las visiones de Oscar Altimir y la primera contribución de Amartya Sen junto con James Foster—, oscila comprendiendo una amplia gama, que abarca desde la reducción de las necesidades económicas a la necesidad alimentaria hasta una apertura que incorpora un mayor abanico de necesidades económicas, pero se encuentra extendida y prioritariamente ocupado por versiones en las que la concepción del nivel de vida siempre resulta sumamente acotada y amputada.

Tanto frente al enfoque economicista dominante —que no se basa en el concepto de necesidad y lo sustituye por un cierto nivel de ingreso— como frente al enfoque convencional —que introduce las necesidades pero subordinándolas a una doble unidimensionalización—, el tercer enfoque consiste en lo que Boltvinik denomina *exploraciones fallidas de una nueva Economía Política de la Pobreza*. Exploraciones que aunque intentan un abordaje multidimensional de las necesidades, sin embargo, se mantienen *sensu stricto* en el nivel de vida, circunscribiendo su horizonte de reflexión puramente al plano de la pobreza económica. De hecho, una mirada

más incisiva puede percibir que el límite más profundo de su perspectiva proviene de una aproximación incoherente o ambigua que atraviesa su comprensión del sistema social de necesidades justo cuando buscan elaborar un acercamiento caracterizable por su evidente amplitud.

Dentro de este enfoque cabe ubicar el relevante trabajo de Peter Townsend y la segunda concepción preparada conjuntamente por Amartya Sen y James Foster. Por un lado, en la máxima obra de Townsend, *Poverty in the United Kingdom*, se emplean articuladamente seis decenas de indicadores de privación —que comprenden desde alimentación, vestido y vivienda hasta condiciones para trabajo, salud, educación e incluso el juego—, pero se insertan las necesidades en un *relativismo histórico* que fluctúa movilizándolo a la baja o el alza los requerimientos sociales dependiendo de la media de la satisfacción social. Lo que lleva al absurdo de suponer que la pobreza es menor en situación de guerra porque la media de la satisfacción decrece con la destrucción de los recursos. Además, desde esa perspectiva se incurre en una profunda incoherencia interna con el concepto de necesidades, ya que, pese a reconocerlo, se termina reduciendo la amplia gama de recursos a los ingresos corrientes. Por otro lado, la segunda concepción elaborada por Amartya Sen y James Foster, en *On Economic Inequality*, reemplaza necesidades elementales por *capabilities*. Término intraducible que no es sinónimo de capacidades concretas sociales e individuales, puesto que alude a la capacidad económica para cubrir necesidades en función de los recursos monetarios de cada persona. De suerte que, a la hora de abrir el abanico de requerimientos sociales analizados, se desliza el concepto de necesidad pero oscurecido y debilitado por su elíptica definición desde las *capabilities*.²¹

Como puede verse, la Economía Política de la Pobreza constituye un horizonte de comprensión desde el que esta cerrada la posibilidad de vislumbrar al sujeto humano como totalidad. Estos tres enfoques coinciden en que, pese a los diversos alcances de sus miradas, reducen la pobreza al nivel de vida y, dentro de ella, esencialmente al plano del estar. En el mejor de los casos, cuando las exploraciones fallidas de una nueva economía política de la pobreza intentan ir más allá para abordar la pobreza en la dimensión del

²⁰ Boltvinik señala que Ravallion incluso admite que la función de gastos requerida no puede identificarse a partir de la demanda observada de los consumidores, de ahí que insista en juicios normativos externos para el trazado de la línea de pobreza, *op. cit.*, p. 71.

²¹ *Op. cit.*, pp. 72-75. Conformando un adelanto de lo que será la obra *Ampliar la mirada*, esta discusión es desarrollada en el ensayo de Boltvinik “Evaluación crítica del enfoque de *capabilities* de Amartya Sen” (primera y segunda partes), *Mundo Siglo XXI* nos. 13 y 14, CIECAS, IPN, México, 2008.

ser, la empresa fracasa debido a que el desarrollo tanto de las capacidades como de las necesidades concretas es visto economicistamente, de suerte que, sólo resulta relevante en tanto sirva para su subordinación al mercado laboral. Estas limitaciones tornan *pobre la concepción actualmente hegemónica de la pobreza*.

A contrapelo de ella, es decisivo insistir en un mirador iconoclasta que asuma la necesidad histórica de redefinir los fundamentos de la concepción de la pobreza haciendo estallar los límites que la circunscriben al nivel de vida, ya que sólo puede ser radicalmente encarada si se abre camino al libre despliegue auténticamente multidimensional del sujeto social, en síntesis, si el *florecimiento humano* pasa a ser la piedra angular de la perspectiva. Esta es precisamente la tarea de la *crítica de la economía política de la pobreza*.

La divergencia entre la economía política de la pobreza y su crítica tiene como su plataforma la evasiva o la asunción de la contradicción radical que enfrenta la legalidad de la modernidad capitalista contra el proceso vital de reproducción social. Mientras la economía política de la pobreza busca configurar de una u otra forma esta contradicción para impulsar el dominio moderno y así imprimirle determinada modalidad a la pobreza que este acarrea, la crítica de la economía política de la pobreza toma postura a favor de la efectiva superación histórica de esta contradicción desde la vida de la humanidad, por eso, el núcleo de la divergencia explota en la concepción de las necesidades.

Después de haber forjado una aproximación a lo socialmente necesario desde el principio de totalidad al unificar la perspectiva de los métodos de necesidades básicas insatisfechas y línea de pobreza, que precisamente permite explorar al mismo tiempo el impacto de la acumulación capitalista sobre la pobreza en clave de valor de uso y de valor, Boltvinik llevó mucho más lejos su empleo del principio de la totalidad con la invención y afinamiento del Método de Medición Integrada de la Pobreza (MMIP). *Un método sumamente incómodo para el discurso del poder contemporáneo justo porque constituye la aproximación estadística más elaborada a la totalidad del sistema social de necesidades.* La riqueza del alcance del MMIP consiste en que, rebasando indudablemente la mutilación del sistema de necesidades a fragmentos, además sumamente

disminuidos, explora captar la totalidad de necesidades tanto en el plano del estar como del ser. Aunque todavía se mueve exclusivamente en la esfera del nivel de vida. Su aproximación a lo socialmente necesario desborda la necesidad de objeto e incluye múltiples factores para el desarrollo de las capacidades y necesidades, pero si bien las necesidades son vistas multidimensional y totalizadamente, se delimitan en función de la esfera puramente económica de la vida social. Expresiones de esa perspectiva son que la educación es considerada para la capacitación económica de la fuerza de trabajo o que incluso una variable tan radical como el tiempo libre cuenta para el despliegue del trabajo doméstico socialmente necesario para la reproducción del sujeto concreto o para la distracción funcional a la recuperación de la capacidad laboral. Ahora que Boltvinik está desarrollando la crítica de la pobreza desde el mirador del florecimiento humano, su perspectiva del tiempo libre se ha acercado profundamente a una mirada histórica como la de Marx, de ahí que, su concepción de la necesidad incluya pero desborde el reino de la economía.²²

En los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Karl Marx desarrolla una concepción del tiempo libre regida por la esperanza histórico-material. Rebasando su identificación con tiempo dedicado a una inactividad inútil u ociosa, demuestra que *el tiempo libre es el fundamento para el ejercicio y el desarrollo de la libertad*. Generando tiempo libre con base en la reducción de la jornada laboral, y esta es la promesa central de la modernidad, el progreso tecnológico y civilizatorio que lo soporta permite que ese tiempo sea dedicado al desarrollo soberano y multidimensional tanto de las necesidades como de las capacidades humanas.²³

La crítica a la pobreza contemporánea desde el florecimiento humano como mirador iconoclasta ha superado el límite de la concepción circunscrita al nivel de vida y abre el cuestionamiento radical a la pobreza moderna desde la riqueza global de la humanidad.

Llegando hasta aquí la tipificación de las concepciones contemporáneas de la pobreza parecería que la clasificación estuviera concluida, que se llegara a un punto de redondeo donde ya no hubiera tarea más que hacer en lo que a ese ordenamiento corresponde. Sin embargo, todavía es necesario lanzar desde otro ángulo la mirada sobre esta clasificación. Un ángulo de ningún modo contrapuesto sino complementario al del florecimiento humano como mirador y que se articula orgánicamente con la Crítica de la Economía Política de la Pobreza.

Mientras, por un lado, Boltvinik ha realizado la clasificación de las concepciones de la pobreza con base en las necesidades y el florecimiento humano para cuestionar el modo en que son objeto de cercenamientos

²² He desarrollado mi periodización de la evolución crítica del pensamiento de Boltvinik mostrando el vínculo de la economía moral con la dimensión histórico-cultural o histórico-moral de las necesidades, el valor de uso y el reino de la libertad en “El florecimiento humano como mirador iconoclasta ante la mundialización de la pobreza”, *Desacatos* no. 23, CIESAS/Occidente, México, enero-abril 2007, pp. 106-114.

²³ *Grundrisse*, Libro I, Siglo XXI, México, 1982, pp. 447-448 y 349-352.

y unidimensionalización, incluso podría decirse mientras ha elaborado la crítica de la pobreza presente o actual desde una esperanza de futuro, por otro, es necesario caracterizar las concepciones de la pobreza en función del sentido que cada una de ellas le imprime a su intervención sobre el capitalismo contemporáneo y sus formas factibles, esto es, *a partir de su toma de posición ante las configuraciones históricas del capitalismo y de las encrucijadas en juego para el siglo XXI*.

Más aún, es innegable que la gran crisis en gestación en estos tiempos, nos obliga a especificar las diversas configuraciones históricas factibles para reconocer la complejidad de las disyuntivas en curso y escudriñar la relación que con estas guardan las concepciones contemporáneas de la pobreza.

Al lanzar una mirada panorámica retrospectivamente a la historia capitalista para obtener lecciones prospectivas sobre las encrucijadas que encara este siglo, podríamos decir que son tres las formas o configuraciones que el capitalismo puede imprimirse a sí mismo.

Una es la configuración que propiamente cabe llamar *liberal*. Constituye una forma en la que, ante la violencia económica que invariablemente rige el modo de operar de la modernidad y la acumulación capitalistas, se responde con una configuración del Estado que lo funcionaliza para realizar intervenciones en el ámbito económico, político e internacional que, de alguna manera, sirvan como contrapeso frente a esa violencia material y la masificación de la pobreza. Justo por eso, explorando desplegar adecuadamente esta efectividad moduladora para controlar la *rapport de forces* en la confrontación clasista y contener la revuelta hacia la que son impelidas lo que se puede denominar las “clases peligrosas”, la forma liberal de la modernidad capitalista en el curso de su historia se ha caracterizado por Estados que ciertamente buscan incrementar el standard de vida de su sociedad nacional, que impulsan el sufragio con procesos electorales para definir la sucesión gubernamental con el fin de propiciar estabilidad política y que, ante el sistema de Estados, defienden una u otra forma de soberanía e identidad nacional.

Periodizando su desarrollo, su crisis y su funcionalidad histórica, Wallerstein ha demostrado que, después de haber servido entre 1848-1914 para “domesticar a las clases trabajadoras de la zona centro” y luego de haberse dirigido entre 1917-1989 a “domesticar el Sur”, el colapso contemporáneo del liberalismo, con su desplazamiento por un Estado equívocamente llamado “neoliberal”, proyecta el arribo del capitalismo histórico a una compleja situación en la que, precisamente cuando la masificación de la pobreza y la exclusión característica de Europa Occidental a mediados del siglo XIX ha logrado ahora reactualizarse

pero con una nueva medida histórica a escala mundial, el capitalismo ha cruzado el fin del siglo XX y el comienzo del siglo XXI quedándose sin su “estabilizador esencial”: el Estado liberal.²⁴

La otra configuración que se puede observar al lanzar la mirada a la historia de la mundialización capitalista es la forma que propiamente cabe llamar *cínica*. Cínica es una configuración en la cual la modernidad capitalista retira la intervención del Estado como contrapeso ante la violencia anónima inmanente a su legalidad económica, de ningún modo para conducir la historia hacia la conformación de un “Estado mínimo”, menos aún para generar su derrumbe, sino, exactamente en sentido opuesto, para fortalecerlo pero a partir de reconfigurarlo convirtiéndolo en un *Estado autoritario*. En un Estado, sin la menor duda, encargado de seguir interviniendo en la economía pero para garantizar opresiva y verticalmente el traslado del centro de mando hacia las fuerzas del capital privado nacional y, ante todo, transnacional. El “libre juego de las fuerzas del mercado” es la consigna de una forma de la modernidad capitalista que despliega sin restricciones sus efectos destructivos y mutilantes sobre el proceso de reproducción social.²⁵ En este sentido, *laissez faire laissez passer* como principio de organización epocal no significa otra cosa más que el mercado defina los heridos y los muertos. En consecuencia, en tanto, más que abandonar, reniega de intervenciones económicas y políticas para elevar el standard de vida e, incluso, en tanto cede al traspaso de la soberanía minándosela al Estado-nación para concederla a los centros de poder del mercado planetario, lo que la historia de la vuelta de siglo denominó “neoliberalismo”, más bien, en esencia conformó una configuración anti-liberal de la mundialización capitalista. “Neoliberalismo”, más que un término lleno de imprecisión, es un término cargado de demagogia.

La última configuración factible de la modernidad capitalista es la que propiamente cabe llamar *fascista*. Fascista es una forma del capitalismo que no sólo ha abandonado la veleidad modernista de pretender imprimirle un sentido “benefactor” y “social” al Estado, ni siquiera es suficiente para definirla plantear que dejaría actuar irrestricta y espontáneamente la violencia anónima de la acumulación del capital. Fascista, en esencia, es una forma que suma o añade a la violencia económica anónima una honda violencia política de orden destructivo para volver la violencia capitalista radicalizada su *modus faciendi*. Con ella se configura al Estado como una institución dirigida a

²⁴ Después del liberalismo, “El colapso del liberalismo”, Siglo XXI, México, 1996, pp. 231-249.

²⁵ Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, Siglo XXI, México, 1998, pp. 94-105.

garantizar el acceso a la prosperidad y el confort para una élite a cambio de hacer valer por la fuerza la exclusión, la represión e incluso la franca destrucción de la reproducción de otros segmentos de la población social.²⁶ Constituye una forma que justo por unificar estas violencias de dos órdenes, la económica y la política-destructiva, configura la modernidad capitalista como devastación.

Estas —la forma liberal, la forma cínica y la forma fascista— integran las tres configuraciones factibles de la modernidad en el capitalismo. Si se mira retrospectivamente la historia del siglo XX puede reconocerse que la crisis del 29 detonó el funcionamiento de la forma fascista, aunque también de la forma liberal, que sobre la destrucción lograda con la guerra tuvo con la reconstrucción tecnológica la plataforma adecuada para redinamizar la tasa de ganancia internacional y brindar a la acumulación el auge de los “treinta gloriosos”. Pero, desde la conclusión de este auge, la mundialización capitalista se volcó sobre su configuración cínica. Esa es la forma de la mundialización que en estos tiempos ha experimentado su colapso o agotamiento histórico.

Un colapso ante el que resulta decisivo no suponer que este giro abrupto impuesto por la fuerza de las cosas que ha puesto en jaque al cinismo histórico es sinónimo de una presunta victoria indetenible de la transición hacia un reordenamiento nekeynesiano del capitalismo —ya que no se puede decir propiamente neo-liberal después del prolongado desvirtuamiento de este término—. Lo que estamos viviendo con el estallido de la crisis más compleja de la historia del capitalismo es la intensificación de un choque, que de hecho ya estaba en curso desde el fin del siglo pasado, entre dos tendencias históricas que ante los límites de la configuración cínica del capitalismo presionan y combaten, una por impulsar una *transición nekeynesiana*, otra por generar una *transición neofascista*, en el reordenamiento del capitalismo mundializado.

Se trata, en efecto, de nekeynesianismo porque el proyecto de reordenamiento de la acumulación no puede

remitirse a las formas de estímulo de la demanda efectiva, tanto en el consumo como en la producción, implementadas el siglo pasado. Ahora que como resultado del cinismo histórico tenemos la crisis alimentaria global y la mundialización de la pobreza, más aún, ahora que el estallido de la nueva gran crisis económica en la historia del capitalismo explota yuxtaponiéndose con el colapso o el agotamiento de la forma cínica de la mundialización, a la vez que se encuentra en curso la crisis ambiental y el sobrecalentamiento planetario —lo que complejiza sumamente el escenario ya que está por definirse quién cubrirá los gastos de re-equilibrio ecológico de la Tierra, si el Sur y/o el Norte, si los pobres y/o los ricos—, una reconfiguración nekeynesiana requiere presentar nuevas propuestas de reordenamiento del capitalismo ante todas estas dimensiones de la crisis global.

Paralelamente, se trata, en efecto, de neofascismo porque la versión hitleriana del *planet management* no puede re-editarse en el siglo XXI reproduciendo su forma antisemita del siglo pasado y, quizás tampoco, se constituyan campos de concentración puesto que, como padeció la Alemania nazi, con ellos se clava la fuerza de trabajo en ciertas zonas y determinadas ramas no prioritarias cancelando la movilidad que el capitalismo necesita que ella despliegue para seguir los viajes de las inversiones de una rama a otra en la economía mundial. Sin embargo, es incultable que la esencia del nazismo se viene reactualizando pero ciertamente bajo una nueva modalidad histórica. La violencia político-destructiva del *planet management* nazi puede verse reeditada en la promoción de la xenofobia y la militarización de fronteras estatales como respuesta a la migración laboral Sur-Norte suscitada por la mundialización de la pobreza. Igualmente, puede mirarse en la ofensiva sostenida contra las etnias en diversas zonas de biodiversidad estratégica por las corporaciones que subordinan real y monopolizan capitalizadamente la biotecnología moderna. Más aún, adquiere su mejor forma de expresión en la promoción y justificación de guerras asimétricas en las que Occidente busca apoderarse violentamente de los recursos energéticos de Medio Oriente. Lo que no significa que en el siglo XXI los riesgos de una confrontación militar Norte-Norte estén cerrados o que incluso los riesgos de guerra nuclear estén infaliblemente dejados atrás. Al revés, será conforme avance la necesidad de destrucción tecnológica que la mundialización capitalista ineludiblemente requiere asumir para contrarrestar su crisis global contemporánea, que los riesgos de confrontaciones militares en el siglo XXI definirán sus alcances.²⁷

Si en función de su toma de posición histórica ante las encrucijadas en curso para la definición de los rumbos de la mundialización en este siglo se clasifican las concepciones

²⁶ “Si el Estado autoritario es el que ejerce la violencia destructiva, ésta es elogiada sin reservas por el discurso neoliberal; se trataría, para él, de una violencia dialéctica; como si la Sociedad no pudiera más entregar a la desgracia y la muerte a una parte de sí misma con el fin de rescatar de la crisis y la barbarie al resto, y garantizarle la abundancia y la civilización. Cuando su elogio es pasivo, el discurso neoliberal es simplemente un discurso cínico; cuando lo hace de manera militante se vuelve un discurso inconfundiblemente fascista”. Bolívar Echeverría, *op. cit.*, p. 117.

²⁷ Sobre la tendencia hacia una transición neofascista de la mundialización, véase Carl Amery, *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI?*, FCE, México, 2002. Y mi polémica con él en “La globalización como mito y simulacro histórico” (segunda parte), *eseconomía* no. 3, ESE, IPN, México, 2003.

contemporáneas de la pobreza, entonces, considero que podríamos reordenarlas y caracterizarlas fundamentalmente en cuatro posiciones.

La primera, que corresponde a la visión hegemónica a nivel mundial en las últimas décadas, es la que constituye propiamente la *concepción cínica de la pobreza*. Esta concepción tiene su visión paradigmática en el punto de vista del Banco Mundial. Constituye una concepción en la cual las necesidades son interesadamente eludidas no únicamente para dotarse de un campo visual que permite manipular las cifras y escamotear la auténtica magnitud de la pobreza mundial. Más lejos que sólo eso, el trazado de la línea de pobreza extrema en un ingreso equivalente a 1 dólar por día permite ubicar la presencia de procesos de reproducción donde la sociedad no cuenta con las mínimas condiciones económicas siquiera para adquirir *alimentos crudos*, es decir, tiene por sentido explorar sobre el orbe aquellos puntos en que la reproducción social ha llegado a una *auténtica situación límite* con la que *la sobrevivencia puramente física o animal está dejando de ser viable y se está en riesgo inminente de perecer*. Inspeccionar y situar los focos rojos de esta situación límite resulta central para la configuración cínica del capitalismo justo porque *le permite implementar estrategias de contención de potenciales explosiones políticas*.

Aunque en la concepción y medición de la pobreza por los Estados “neoliberales” se llega a abrir un poco más el abanico y se consideran a nivel mínimo otras necesidades elementales, precisamente *lo que caracteriza el sentido de la concepción cínica de la pobreza es que con su perspectiva no se trata de superarla históricamente, sino, más bien, de refuncionalizar los programas de combate contra la pobreza operacionalizándolos como programas de contención y combate contra los pobres*.

La segunda posición corresponde a una *concepción protofascista e incluso abiertamente neofascista de la pobreza actual*. Protofascista es aquella concepción que difícilmente se encuentra en algún lado escrita pero que se despliega prácticamente en los hechos, como primera modalidad capitalista de respuesta con violencia política destructiva canalizada de forma táctica y temporal ante las protestas que suscitan las situaciones límite instaladas por la actual violencia cínica. En la historia reciente su ejemplo nos lo brinda la violencia con que, para garantizar las ganancias extraordinarias de las transnacionales y los especuladores, algunos Estados contestaron a las protestas que provocó la crisis mundial alimentaria, cerrando agresivamente el acceso que mediante movilización caótica ciertos grupos intentaban abrirse a los alimentos.²⁸ La diferencia entre esa y una concepción abiertamente neofascista reside en que ésta impulsa la franca promoción de la violencia política de orden destructivo como principio reordenador global del capitalismo. Su postulado central consiste en que asegurar el acceso al confort

y la opulencia para una parte de la sociedad planetaria, ante todo para la sociedad occidental, ineludiblemente exige que otras sociedades del orbe requieran ser sometidas bajo la violencia militar con el objetivo de contener la inestabilidad política que acarrea la combinación contemporánea de la devastación producida por la miseria extrema, la crisis ambiental internacional y las epidemias. En este sentido, para ella, la democracia y la paz no sólo no constituyen formas que ofrezcan esta garantía, incluso pueden ser un obstáculo para lograrla. En consecuencia, la *manu militari* y la guerra tienen que ser asumidas como fundamento irrenunciable del progreso del siglo XXI.²⁹

La tercera posición, en contraste con las dos previas, corresponde a una concepción liberal, que en sus mejores ponentes, genuinamente interesados en elevar el standard de vida de las naciones llevando cada vez a un nivel más alto su asunción, se sostiene a contrapelo de la catástrofe suscitada por el “neoliberalismo” y parte del reconocimiento de su tendencia histórica a generar una forma de mundialización crecientemente inestable. Amartya Sen, Peter Townsend y, más aún, la visión de *The Challenge of Slums* se posicionan contribuyendo a este mirador que integra la *concepción liberal de la pobreza en el siglo XXI*.

²⁸ Este *modus faciendi* del capitalismo cínico que incuba protofascismo, contrasta con las respuestas del Estado inglés en la acumulación originaria del capital. Cuando en el siglo XVIII, el ascenso de los precios del trigo y el pan, hacía estallar los motines de subsistencia en la multitud. Éste que fue el acontecimiento histórico que motivó la elaboración de la “economía moral” por E. P. Thompson es descrito por él mismo en los siguientes términos: “Es posible detectar en casi toda acción de masas del siglo XVIII alguna noción legitimadora... Los hombres y las mujeres que constituían la multitud creían estar defendiendo derechos o costumbres tradicionales y, en general, que estaban apoyados por el amplio consenso de la comunidad. En ocasiones este consenso se veía confirmado por cierta tolerancia por parte de las autoridades, pero, en la mayoría de los casos, el consenso era tan marcado y enérgico que anulaba las motivaciones de temor o deferencia... Si el mercado fue un campo de batalla de la guerra de clases en la misma medida en que llegaron a serlo la fábrica y la mina durante la Revolución Industrial, entonces la amenaza del motín afectaría la situación total del mercado, no sólo en años de escasez, sino también en años de cosecha media, y no sólo en pueblos destacados por su susceptibilidad al motín sino también en aldeas donde las autoridades deseaban preservar una tradición de paz... El motín era una calamidad. El “orden” que podía seguir tras el motín podía ser una calamidad aún mayor. De aquí la ansiedad de las autoridades por anticiparse al suceso o abortarlo con rapidez en sus primeras fases, por medio de su presencia personal, por exhortaciones y concesiones”. E. P. Thompson, “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”, *Obra Esencial*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 365 y 404-405.

²⁹ Cada vez más, la promoción abierta de la violencia política de orden destructivo se ha venido planteando explícitamente en tiempos recientes. Una de las manifestaciones más nítidas de la tendencia que empuja por una reconfiguración neofascista puede verse en los textos de Robert Kaplan —hermano de Lawrence Kaplan, quien ha sido Director de Operaciones de la CIA— En especial, *La anarquía que viene. La destrucción de los sueños de la guerra fría*, B. Ediciones, Colección Sine Qua Non, Barcelona, 2003.

Siendo profundas las asimetrías entre estas tres concepciones al tomar posición frente el cinismo histórico y la encrucijada que conforma el choque entre la tendencia que empuja por una transición neokeynésiana y la tendencia que presiona por una transición neofascista en la mundialización, sin embargo, ninguna ve más allá de las configuraciones del capitalismo, lo que acarrea consecuencias tanto como en su visión como en su estrategia sobre la pobreza de primer orden.

III Las estrategias de desmercantificación y soberanía como alternativa

Una cuarta posición en el debate mundial contemporáneo corresponde a lo que cabe denominar una *concepción transc capitalista de la pobreza*. Constituye una perspectiva cuyo sentido se niega a mirar como “normal” la profunda anormalidad que significa la crisis históricamente instalada por la acumulación capitalista contra el proceso de reproducción social y que, por eso, no escamotea el reconocimiento de lo lejos que ha llegado la embestida lanzada por aquella sobre éste en las últimas décadas. A contrapelo de la era de mundialización de la pobreza, interviene interesada primero en comprender la radicalidad del cercenamiento y la devastación contemporánea del sistema social de necesidades y capacidades, para hacer de su evaluación plataforma del diseño de estrategias comprometidas con su trascendencia. Con la vuelta de siglo, esta concepción viene luchando por abrir camino hacia una efectiva y creciente *desmercantificación del proceso de reproducción social*, que imprescindiblemente requiere la *afirmación de la soberanía política del sujeto concreto* con el objetivo de liberar condiciones históricas que propicien el florecimiento del género humano.

³⁰ Llevando más lejos la propuesta del impuesto Tobin, formulada en los setenta y recuperada en el informe del PNUD de 1994, Peter Townsend recientemente ha diseñado la propuesta de un impuesto a las transacciones internacionales de divisas para integrar un fondo administrable por la ONU con la finalidad de canalizar, a través de la desmercantificación, recursos para combate de la pobreza infantil en el mundo. Según él, este proyecto podría implementarse bajo distintas formas y por etapas en los países en desarrollo, concentrándose en los infantes severamente discapacitados y buscando sentar los cimientos para ulteriores sistemas de seguridad social, para impulsar una estrategia genuinamente comprometida en alcanzar los objetivos de desarrollo del milenio en beneficio de los niños. Véase la traducción que, junto con Víctor Corona, realizamos de Peter Townsend, “La abolición de la pobreza infantil y el derecho a la seguridad social: ¿un modelo posible para la ONU de beneficio a los niños?”, *Mundo Siglo XXI* no. 15, CIECAS, IPN, México, Invierno 2008-2009, pp. 5-22.

Desmercantificación es el nombre de un proyecto estratégico que ha adquirido diversas versiones entre las concepciones liberal y transc capitalista de la pobreza. Cuando el liberalismo toma posición a favor de la desmercantificación apunta a una configuración de los sistemas legales y del Estado que asegure derechos socialmente reconocidos como inapelables –como el derecho a la salud o el derecho a la educación–; más aún, cuando en la era de la mundialización de la pobreza plantea medidas desmercantificadoras lo hace para contrarrestar situaciones límite como las padecidas por la pobreza infantil.³⁰

En cambio, cuando la concepción transc capitalista de la pobreza toma posición a favor de la desmercantificación necesariamente tiene que ir más allá del proyecto del Estado social del siglo XXI. Sin ser irrelevante semejante conquista, la concepción transc capitalista tiene que formularse intervenir en la *rapport de forces* de la lucha contemporánea de clases para *impulsar tácticamente diversas formas germinales de ingresos sociales no mediados por el mercado, garantizados incondicionalmente por el Estado para todos, con el objetivo de avanzar creciente y estratégicamente hacia la desmercantificación total del proceso de reproducción social*.

Aquí es donde adquiere su mayor relevancia el debate en años recientes en torno al *ingreso ciudadano universal* –también denominado *basic income* o renta básica–. De ningún modo, la lucha por el ingreso ciudadano universal se embarca en la integración de un Estado paternalista. Justo de lo que se trata es de instaurar nuevas formas de reproducción que regresen a la nación importantes porcentajes de su propio producto interno bruto, contrarrestando su apropiación a través del mercado por la acumulación capitalista. *Constituye una vía transc capitalista de combate contra la pobreza y, más lejos aún, incluso de fomento de la riqueza humana, puesto que apunta a asumir la dimensión histórico-cultural o histórico-moral sin mercantificación ni venta de la fuerza de trabajo*.

Con él, *la forma valor del trabajo necesario para producir los medios de consumo sociales podría comenzar a erosionarse hasta llevarla a estallar*. En *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, André Gorz sostiene que la multiactividad desmercantificada conforma una fuerza de gran impacto para salir de la sociedad salarial. “La necesidad imperiosa de un ingreso suficiente y estable es una cosa; la necesidad de actuar, de obrar, de medirse con los otros, de ser apreciado por ellos es una cosa diferente... El capitalismo asocia sistemáticamente las dos, las confunde y funda sobre esta confusión el poder del capital... Como la producción social (la de lo necesario y lo superfluo) exige cada vez menos “trabajo” y distribuye cada vez menos salarios, se vuelve cada vez más difícil procurarse un in-

greso suficiente y estable por medio de un trabajo pago... A todas luces, el remedio para esta situación no es “crear trabajo”, sino repartir mejor todo el trabajo socialmente necesario y toda la riqueza socialmente producida... Lo que el capitalismo ha confundido de manera artificial podría ser disociado: el derecho a un ingreso suficiente y estable ya no tendría que depender de la ocupación permanente y estable de un empleo”.³¹

Es fundamental percatarse que el siglo XXI está colocado en un nuevo tiempo histórico en el que, en definitiva, se ha alcanzado ya la mundialización del sistema de fábricas automatizadas. *La conversión de la técnica moderna en técnica planetaria dota a nuestra era de potencialidades anteriormente inéditas a nivel mundial.* Este escenario que viene reeditando el contexto europeo de 1848 pero ahora a escala planetaria, justo porque el más elevado desarrollo de la técnica moderna ha sido conducido por trayectos de masificación de la pobreza, cuenta con la base material que ofrece la técnica planetaria para abrir formas de reproducción inéditas. *Esta es la plataforma epocal de una concepción transcapsitalista de la pobreza.*

Giovanni Arrighi ha demostrado que ahora que con el siglo XXI se ha alcanzado la industrialización de todo el mundo, la promesa tan difundida, desde hace mucho, en referencia a que la industrialización iba a traer consigo el mejoramiento de los niveles de vida para los países en desarrollo, se estampa contra su incumplimiento. Agudizándose cuando se analizan ciertas regiones o determinados países, el promedio global de la polaridad en la distribución mundial del ingreso sigue siendo hoy el mismo que hace medio siglo.³² Lo que deriva de la estructura jerárquica de poder de la técnica planetaria, que ha abierto más todavía la brecha económica Norte-Sur. No obstante, el hecho de que la gran industria sea efectivamente mundial significa que existen en nuestra era oportunidades históricas que anteriormente no tenían viabilidad.³³

Frente a la complejidad de la nueva crisis mundial en gestación es sumamente importante que la conciencia social empiece a reconocer la potencialidad de frescas oportunidades históricas y se percate de la viabilidad de lo que el sociólogo estadounidense Eric Olin Wright califica como “utopías reales”.³⁴ Conforme avancen sus mayores efectos desestabilizadores, esta crisis no únicamente traerá consigo riesgos sino efectivamente oportunidades. La necesidad creciente de asumir estrategias alternativas va a estar en el escenario.

En este sentido, frente a la crisis alimentaria mundial que requiere ser contrarrestada no con más “libre comercio” sino con políticas de seguridad nacional, el ingreso alimentario universal —que, sin desplazarlos, tendría que

constituir un derecho superior al de la salud y la educación obligatoriamente proporcionables por el Estado—, puede convertirse en el detonante de una comprensión social creciente de la oportunidad histórica que significaría el ingreso ciudadano universal.

Pero avanzar hacia el control soberano de la distribución de la riqueza nacional exige imprescindiblemente contrarrestar el fundamento de la mundialización de la pobreza. No para revertir la derrota del doble monopolio defensivo anteriormente detentado por los Estados de la periferia con el objetivo romántico de reinstaurar un capitalismo nacionalista, sino para avanzar en dirección al control socialmente soberano de la plataforma tecnológica y los recursos naturales estratégicos de la nación en tanto soporte de una amplia estrategia de desmercantificación histórica.

Como puede verse, en el siglo XXI la Crítica de la Economía Política de la Pobreza tiene mucho recorrido por andar.

³¹ André Gorz, *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Paidós, Barcelona, 2003, pág. 83. Acerca del debate marxista en torno a esta importante obra poco discutida en nuestro país, debe verse la evaluación realizada por Antonio Negri que publicamos incluso antes de que el libro de Gorz se editara en español. “Miserias del presente, riqueza de lo posible de Andrés Gorz”, *economía siglo XXI*, ESE, IPN, 1998, pp. 94-99.

³² Véase la traducción que realicé junto con Víctor Corona de Giovanni Arrighi, “Globalización y Desarrollo Desigual”, *Mundo Siglo XXI* no. 13, CIECAS, IPN, México, 2008, pp. 5-17.

³³ Precisamente, esto es lo que no logra ver uno de los principales polemistas de Gorz, Pierre Rosanvallon, que, sin percatarse que justo de lo que se trata es de hacer estallar la forma del valor como salario y que este ingreso ni siquiera equivale a una forma de salario indirecto puesto que eso exige como su premisa ineludible la mercantificación de la fuerza laboral, insiste en que la estrategia del ingreso ciudadano universal responde a la “tentación de asalariar la exclusión” y que llevaría a una “sociedad de indemnización”. *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*, Manantial, Buenos Aires, 1999, pp. 116-119. Su proyecto de repensar el derecho al trabajo en lugar de un derecho incondicional al ingreso, bloquea el aprovechamiento que, desde dentro del capitalismo pero contra él, Gorz busca impulsar de las potencialidades de la técnica moderna. El principio a cada quien según su necesidad con el que Karl Marx en la *Crítica al programa de Gotha* caracteriza al comunismo como forma ulterior al socialismo, que se regiría según el principio a cada quien según su capacidad, responde a que la reestructuración anticapsitalista de la técnica moderna ya habría superado la escasez y, por tanto, podría revolucionar la relación entre el reino de la necesidad y el reino de la libertad. Lo importante y crucial para nuestro tiempo consiste en que una estrategia transcapsitalista hoy no tiene que esperar el futuro, sino que tiene y puede producirlo. Y producirlo a partir explotar *hic et nunc* las potencialidades contemporáneas de la modernidad mundializada impulsando reordenamientos históricos que erosionen y desestructuren todas las formas del valor-capital (la ganancia industrial, la ganancia comercial, la tasa de interés y la renta de la tierra), pero, ante todo, la mercantificación de la fuerza de trabajo.

³⁴ Erik Olin Wright, et. al., *Redesigning Distribution: basic income and stakeholder grants as cornerstones of a more egalitarian capitalism*, Volume V of the *Real Utopias Project Series*, Verso, London, 2006.